

PRESENTACIÓN

A PESAR de la incesante avalancha bibliográfica de estudios en torno a la situación y a la condición de la mujer en el siglo XIX que se viene registrando en las últimas décadas, ni la consideración profesional de la escritora ni la medicalización de este modelo femenino, tan denostado por su desviación de la norma genérica (la *literata*, la *bachillera*, la *marisabidilla*), han sido objeto de un análisis pormenorizado que comprenda, desde una necesaria perspectiva interdisciplinar, textos literarios, fuentes documentales de varia disciplina y manifestaciones iconográficas contemporáneas. El objeto de este trabajo colectivo de investigación persigue sobrevolar el modelo restringido de la literata para alumbrar una figura de mayor proyección pública, de más amplio registro, esto es, la de la mujer de letras, aquella que, como muy bien determinó Emilia Pardo Bazán, representa a las «*mujeres capaces de escribir y de hablar en público*, más bien que *escritoras*, en el sentido artístico de la palabra». En este volumen se pretende analizar cómo el discurso socio-cultural, el discurso médico-legal, tradicionalmente segregados por varones, condicionan la escritura de las mujeres, determinan su interpretación y recepción, desencadenan estrategias elusivas (autocensura, automarginación, exclusión) y establecen un nuevo canon: el canon del silencio, la escritura que Emilia Pardo Bazán bautizó como *maniatada*.

Así, este proyecto común centrado en nuestra historia cultural más inmediata ha hermanado a especialistas de diversas áreas científico-académicas en torno a un mismo objetivo: el estudio de la emergencia, consolidación y profesionalización de la mujer de letras contemporánea, su estatuto social y su tipología. Es obvio que en este contexto la figura de la literata adquiere un relieve especial en un período (1834-1914) de conformación y consolidación del naciente campo cultural decimonónico, no solo en España, sino también en Hispanoamérica, con cuyas jóvenes repúblicas varias mujeres de letras

establecieron estrechas redes culturales. En una centuria en la que se produce la institucionalización de la profesión escritora, sobre todo a partir de las décadas de 1850 –con el auge de la literatura *industrial* por entregas– y de 1880 –con el imperio de la gran novela realista–, emerge un nutrido grupo de autoras que cultivan desde la novela docente y moral hasta la literatura de corte heterodoxo.

Los trabajos que componen este libro abordan el proceso de concienciación y autorreflexión de las creadoras sobre el propio estatuto social de la mujer de letras; la polémica contemporánea en torno al creciente fenómeno de la literata de oficio; el discurso médico-social que determina y desautoriza una profesionalización que implica el tránsito del espacio privado al público de la República Literaria; o el emergente asociacionismo femenino, declarado o de facto, que persigue sentar plaza en el mundo visible de las Letras. Junto a la mujer creadora, algunas con fortuna, también se considera a la que *consume* literatura y es, por tanto, potencial condicionante de tendencias: la lectora, una de las representaciones femeninas más frecuentes en las novelas y en las ilustraciones, como ejemplo de los efectos de una práctica –la lectura– considerada perniciosa para las mujeres, cuando, paradójicamente, los índices de analfabetismo general entre la población española en 1845 eran del 90% de la población y en 1860 del 75%, que en el caso de las mujeres ascendía, en este mismo año, al 90%.

El empleo del término *letraherida* (que aún no ha sido aceptado por la RAE en la última edición del *Diccionario de la Lengua Española*, de 2001) como sinónimo de la mujer de letras decimonónica apela a esa imagen de la mujer como agente y paciente de su propia pasión por la cultura escrita, por la lectura y la escritura; el vocablo *letraherida* entraña cierta dimensión patológica en la afición femenina por las Letras; esto es, alude claramente a la disfunción que en el contexto socio-histórico se atribuye a la mujer cuyas aspiraciones literarias le hacen abrigar deseos de trascender su propio destino biológico, vinculado al reducto doméstico, sin visibilidad ni voz públicas. Los paradigmas del discurso médico-social que determinan la llamada condición femenina y su destino en el seno de la sociedad, en tanto hembra, también tienen su correlato en las categorías críticas manejadas en la valoración del producto literario asociado con la mujer como creadora o consumidora. Así, las jerarquizaciones biológicas que determinan el espacio de las relaciones privadas se proyectan en la esfera pública y en las propias jerarquizaciones intelectuales y editoriales, y llegan a justificar el cultivo de determinados géneros como elemento de distinción (la poesía) frente a la desaprobación de otros como la novela realista, símbolo de la prosa del mundo, tan alejada de los intereses considerados propiamente femeninos.

Este recorrido interdisciplinar se inicia con la reflexión de Juan Pedro Gabino en torno a los vaivenes de la lexicografía decimonónica en la definición de la especificidad artística femenina y sus valoraciones diacrónicas subyacentes; vaivenes de una mirada histórica que Begoña Sáez amplía con su indagación en el discurso crítico sobre la mujer escritora y su obra, más abundante que la propia producción femenina, síntoma de una polémica, la del acceso de la mujer a las fuentes de la cultura y su conversión en fuente misma que, de los principales textos filosóficos en los que se elabora la noción de individuo, ofrece Concha Roldán. El mosaico local que nos presenta María José Porro despliega más específicamente el abanico de actividades literarias de las *letraheridas* decimonónicas a través del azaroso y lento camino desde la periferia cultural. Complementarias de estas miradas plurales acerca de la actividad de nuestras *letraheridas* son las luces vertidas por Jean-François Botrel mediante un corpus iconográfico que ilustra las mutaciones en la representación de la práctica femenina de la lectura, práctica desbrozada a través del espejo ficcional por Isabel Jiménez Morales, en una visión panorámica construida con textos literarios poco frecuentados por la crítica académica. Akiko Tsuchiya reflexiona en torno a las implicaciones de la lectura como símbolo del deseo transgresor que desvía a la mujer de su destino ortodoxo, ejemplificado en el caso de *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán. Asimismo, la representación de la mujer como sujeto consumidor y receptor del arte, en este caso plástico, es desmenuzada por Carlos Reyero en su análisis de la educación de la sensibilidad femenina a lo largo de la centuria.

Los discursos prevalentes de moralistas, higienistas, médicos y religiosos configuran el canon del ángel del hogar, la modélica mujer burguesa a cuyo paradigma ha de acomodarse la escritora decimonónica: todo apartamiento de la norma implica la descalificación en cuanto desviación de un modelo de representación de género social y culturalmente aceptado. El ensayo de Lou Charnon-Deutsch recuerda la traducción y adaptación de estos discursos a la práctica literaria, y el de Iñigo Sánchez Llamas transita por los derroteros seguidos por algunas escritoras isabelinas en busca de la legitimidad en las Letras acomodándose a los discursos reguladores de la normatividad patriarcal, la ortodoxia sexual cifrada en el contenido virtuoso. Conciencia muy aguda de estas imposiciones y limitaciones que marcan la labor creadora y su recepción manifiesta Gertrudis Gómez de Avellaneda, como queda patente en la reflexión que Luisa-Elena Delgado dedica a las argumentaciones y juicios críticos de su epistolario amoroso; o Amalia Domingo Soler quien, amparada por el espiritismo, consigue, según expone Marie-Linda Ortega, restituirle su ser deseante a la mujer más allá de las normas al uso. Con el caso Hildegart, analizado por Rafael Huertas, llegamos a los extremos del

periodo aquí enfocado y a los estragos de las *malas* –por erróneas– lecturas científicas en la formación de dos generaciones de *letraheridas*.

El lento proceso de institucionalización y de afirmación de la identidad y de la visibilidad social de la mujer de letras en paralelo con el surgimiento de ciertos discursos autobiográficos y epistolares es explorado por Fernando Durán, en un muestrario caleidoscópico de obras. El multiforme epistolario de Fernán Caballero permite a Colette Rabaté exhibir las estrategias de enmascaramiento de una escritora que profesionaliza su vocación como un acto vital irrenunciable, al tiempo que resguarda su imagen social acomodándose a la ideología imperante, en tanto que Nuria Girona disecciona los testimonios y recovecos de la construcción de un *yo* autorial y profesional a través de la figura de una preeminente mujer de letras hispanoamericana, Juana Manuela Gorriti. Análisis de la dificultosa inserción de la mujer en el campo literario decimonónico, de su lucha por acceder a los espacios de la sociabilidad cultural, sus estrategias legitimadoras que también exploran los trabajos de Solange Hibbs-Lissorgues, centrado en la producción de tres escritoras isabelinas, Faustina Sáez de Melgar, Pilar Sinués y Antonia Rodríguez de Ureta; José Manuel González Herrán, quien desmenuza los años en que Emilia Pardo Bazán trasciende el estatuto de literata y consolida su figura pública como mujer de letras de pleno derecho; Pura Fernández, que analiza el proceso de institucionalización de la escritora en la República Literaria en el marco del discurso jurídico-social y la resistencia corporativa de los escritores, a través del caso de la dramaturga Rosa de Eguílaz y su desconocida e inédita obra *Mujer famosa*; y, por último, de Carmen Simón Palmer, atenta a la dificultosa incorporación de las mujeres al campo profesional de la edición, de la prensa y de la literatura, su defensa del derecho de autor, a partir de la huella de pioneras como la Baronesa de Wilson, Eva Canel y Concha Espina. Recorrido por nuestra historia cultural que ilustra también la voluntariosa búsqueda de la visibilidad pública de la mujer en el periodismo y en el escenario teatral, tal como propone el estudio de Carmen Servén en torno a la prensa literaria infantil; Sylvie Turc-Zinopoulos y su aproximación a Julia Codorniu, combativa y efímera directora de una revista, e Isabelle Mornat, quien ejemplifica el papel de mediación cultural y promoción de las actrices en las obras de los dramaturgos de la época.

PURA FERNÁNDEZ y MARIE-LINDA ORTEGA

NOTA PRELIMINAR

EL presente volumen es el resultado de un apasionante recorrido histórico que se inició en el año de 2004 en torno a un proyecto de investigación en el marco de la Acción Integrada Hispano-Francesa *La mujer de letras o la letraherida: textos y representaciones del discurso médico-social y cultural sobre la mujer escritora en el siglo XIX / La femme de lettres en femme malade en Espagne au XIX* (HF2004-0231; Egide. PAI. Picasso n° 09129 VL) y en convergencia con los Proyectos HUM2004-03467 del Ministerio de Educación y Ciencia y CEHI 03/03 de la Fundación Carolina (Ministerio de Asuntos Exteriores). Tras varias reuniones científicas preparatorias en Madrid, París y Toulouse, el proyecto culminó en la celebración de un Congreso Internacional en el Centro de Humanidades del CSIC y en el Ateneo de Madrid, en diciembre de 2006, para el que se contó con la ayuda institucional del Ministerio de Educación y Ciencia (Acción Complementaria HUM-2005-24453-E FILO), de la Embajada Francesa y del CSIC, que ha asumido, en colaboración con el Grupo de Investigación LLA (España 31) de la Université de Toulouse-Le-Mirail, la publicación de este volumen.